

Naturales e inmigrantes en Barcelona a mediados del siglo XIX

Pilar López Guallar

Barcelona Quaderns d'Història, 11 (2004)

Hacia 1800, Barcelona era una de las veinte ciudades europeas que contaban más de 100.000 habitantes. De esa lista, encabezada por Londres, con más de un millón de pobladores, el grueso eran capitales de Estado y puertos del Atlántico que se habían alzado hasta ese rango entre 1600 y 1750. Figuraban pocos centros regionales, Marsella, Lyon y Milán, que, como las anteriores, también habían doblado como mínimo su población entre ambas fechas. Esa etapa hasta mediados del siglo XVIII había sido, en cambio, para Barcelona de relativo estancamiento demográfico, pero bajo esta condición se reorganizó el artesanado y el comercio barcelonés, se transformó la trama urbana que articulaba el territorio catalán y se sentaron los cimientos del crecimiento manufacturero e industrial ulterior.

En 1800, la lista de mayores ciudades europeas excluía aún a los centros manufactureros ingleses. Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII la lista de las ciudades europeas de más rápido crecimiento estuvo claramente dominada por esos núcleos, que emergían como los polos de la urbanización industrial. Como partían de cifras de población bajas, a veces insignificantes, sólo Liverpool, con 80.000 habitantes, y Manchester, con 90.000, se acercaban en 1800 a la dimensión humana de Barcelona, la única ciudad del área mediterránea que entre 1750 y 1800 creció a un ritmo comparable. En Barcelona el saldo migratorio neto acumulado fue equivalente a la mitad de los excedentes acumulados, y la clave de su capacidad de atracción y absorción fue la concentración de efectivos en los ámbitos más dinámicos de la economía catalana a impulsos de la expansión manufacturera y de los cambios en el mercado de trabajo y residencial.

Hacia 1870, 22 ciudades europeas tenían más de 250.000 habitantes, y sólo París y Londres contaban con poblaciones millonarias. Glasgow, Liverpool, Birmingham y Manchester estaban en un rango intermedio, con poblaciones que oscilaban entre los 525.000 y los 340.000 habitantes. Lyon, Marsella, Milán y Barcelona quedaban por debajo, pero habían triplicado su población de 1800. Lisboa, Amsterdam o Madrid, entre otras ciudades, pese a ser capitales estatales, no alcanzaban los 300.000 habitantes. Entre 1832 y 1864, Barcelona, superadas las

crisis múltiples que presidieron el cambio de centuria, consolidó y acentuó su condición como centro político y puerto de Cataluña y como primera capital industrial del Estado español. En esas décadas el saldo migratorio neto fue equivalente a tres cuartas partes del excedente acumulado, y la tasa de inmigración alcanzó valores comparables a los que se registrarían entre 1900 y 1930. La desamortización de los últimos solares edificables en el Raval setecentista llevó la saturación humana del recinto amurallado al límite antes de 1848. Un 14% de la población regional residía en la capital. A partir de entonces, la escala territorial de la concentración barcelonesa se amplió progresivamente forzando el crecimiento de los suburbios del Llano. Todavía entre 1832 y 1864, el grueso de la población barcelonesa había nacido en Cataluña, una región que, a diferencia de Inglaterra, había quedado tempranamente inmersa en el área de baja fecundidad europea.

Dicho brevemente, la revolución industrial revistió en el área mediterránea características distintivas frente al modelo inglés, y Cataluña tampoco se ajustó estrictamente a lo observado en algunas de las regiones de las que era vecina y con las que había compartido historia.

Profundizar en las cuestiones que afectan a la interdependencia entre crecimiento demográfico regional, capacidad reproductiva de la población urbana y expansión económica, o a la naturaleza de los trasvases entre la ciudad y su hinterland demográfico exige ir más allá de la simple medida de la población o del diferencial entre crecimiento y saldo natural. Una vía de aproximación es el examen detallado de las complejas relaciones entre los naturales de Barcelona y la población inmigrante, que sólo algunas fuentes primarias dejan entrever.

Las hojas originales del padrón de 1848, de las que restan las del barrio del Hospital, y las actas de matrimonios celebrados en Barcelona el mismo año son las fuentes principales de este estudio.¹ Su examen sugiere que los nexos entre inmigrantes y naturales dependían de unas pautas de convivencia establecidas desde mucho antes de la revolución industrial pero que desde su arranque, a fines del XVIII, estuvieron en constante adaptación a unos cambios que afectaban todos los ámbitos de la vida cotidiana. Hacia 1848, en un momento ya avanzado de ese proceso gradual y acumulativo, las fuentes barcelonesas describen a una población en la que el componente migratorio, en gran medida catalán, es la esencia misma de su existencia, un hecho en estricta correspondencia con un despliegue social y una complejidad que había diferenciado y diferenciaba claramente a la capital del resto de las ciudades del histórico Principado.

1. AMAB (Arxiu Municipal Administratiu de Barcelona), Registre Civil, *Actas de matrimonio*, 1848. BC (Biblioteca de Catalunya), *Fons Renart*, Lligall LI, *Ojas de Padron que el infro. Alcalde de dicho barrio entrega al Exmo. Ayuntamiento constitucional enteramente despachadas, ctel. 3º, bo. 6º*. Pilar LÓPEZ GUALLAR, «La primera revolució industrial i el naixement de l'habitatge obrer a Barcelona» dins *Jornades del Museu*, 22 i 23 de novembre de 2002, Museu de la Ciència i de la Tècnica de Catalunya, (en prensa), incluye un análisis complementario del barrio del Hospital, que, como se argumenta tomando como referentes la población y la vivienda descrita en el padrón de 1848, era más representativo del conjunto barcelonés que de los barrios específicamente fabriles del Raval de Barcelona. Las hojas se refieren a 745 viviendas y 3.265 habitantes, un 2% aproximadamente del vecindario barcelonés.

Barceloneses e inmigrantes: datos comparativos

Número, edad, sexo y estado civil

Los estados municipales de 1848 atribuyen a la Barcelona de 1848 173.000 habitantes, incluyendo la población de derecho (80%), el censo de criados, forasteros y extranjeros (14%) y la población institucional (6%).² Si consideramos la definición unívoca del inmigrante como aquel que ha nacido fuera del lugar de residencia, la primera apreciación que cabe hacer es que en estos resúmenes buena parte de los individuos no nacidos en Barcelona, fueran catalanes, peninsulares o extranjeros de nacimiento, tienen reconocida la condición de vecinos de pleno derecho. También, que esas distinciones que separaban la estadística del vecindario de los estados sobre la población extensiva fueron establecidas por las oficinas municipales al reelaborar una información –la de las hojas de empadronamiento– que no clasificaba a los residentes en los hogares con esos criterios y que captaba como parte de la población familiar, incluso, a la población transeúnte.

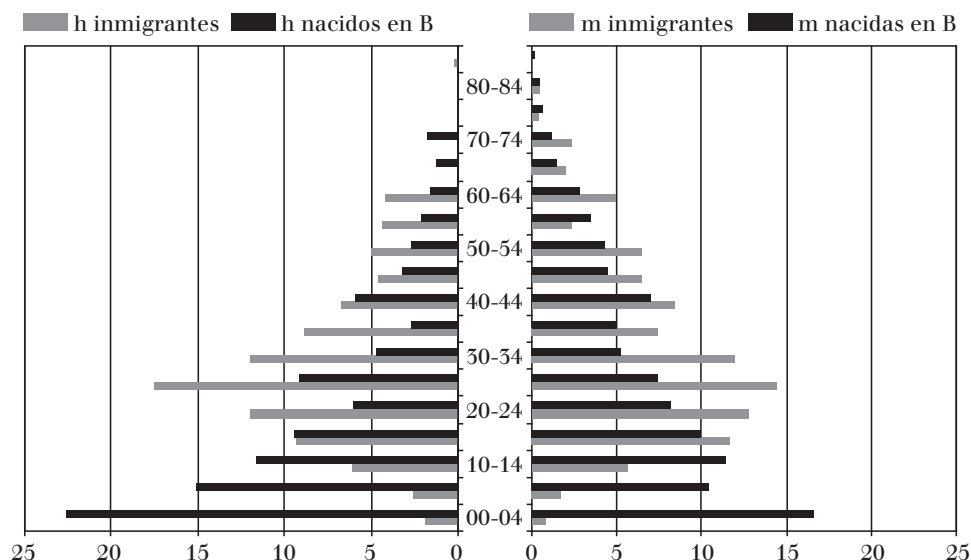
En las hojas originales de empadronamiento, poco más de la mitad de la población, el 54% de las mujeres y el 47% de los hombres, era natural de Barcelona. Cifras similares miden la contribución barcelonesa al conjunto de novias (48%) o de novios (36%). Son valores de orden similar a los que se daban por la misma época en otras capitales regionales de entidad demográfica comparable, como Marsella, Lyon o Milán.³

En la pirámide de edades de la población municipal de 1848, los tramos en que la ratio de inmigrantes sobre los naturales es superior a la media de toda la población eran los que iban de los 15 a los 34 años, situándose la punta migratoria también para uno y otro sexo entre los 25 y los 29 años. En ese último tramo el 67% de la población femenina y el 88% de la masculina era inmigrante (*Figura 1*). Pero aunque los inmigrantes fueran especialmente numerosos entre los adultos jóvenes, también estaban presentes en los restantes tramos de edad, pudiendo observarse una diferente distribución por género. La inmigración masculina igualaba o superaba a la femenina entre los 20 y los 39 años y presentaba, en general, un perfil más concentrado. En contrapartida, la ratio de inmigración femenina era mayor que la masculina a los 15-19 años y también entre los 40-54, y su perfil era más disperso. En consecuencia, la escasez relativa de hombres que era característica de la población barcelonesa se mitigaba justamente por efecto de la migración en aquellas edades a las que hombres y mujeres se casaban. El 70% de las novias y el 40% de los novios barceloneses de 1848 casaron antes de cumplir los 24 años. La inmigración reforzaba así el núcleo activo de la población.

2. Pilar LÓPEZ GUALLAR, «Evolució demogràfica, 1833-1930», dins Jaume SOBREQÜÉS (dir.), *Història de Barcelona*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1995, vol. VI, pág. 97.

3. William H. SEWELL, *Structure and mobility. The men and women of Marseille, 1820-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985. Jean-Luc PINOL, «Lectures transversales et longitudinales d'une société urbaine: Lyon aux XIX^e et XX^e siècles», *Histoire, Economie et société*, 3 (1994), pág. 543-549. Giorgio BIGATTI, «Spazi urbani e industria a Milano nei decenni centrali dell'ottocento», *Società e storia*, 52 (1991), pág. 363-403.

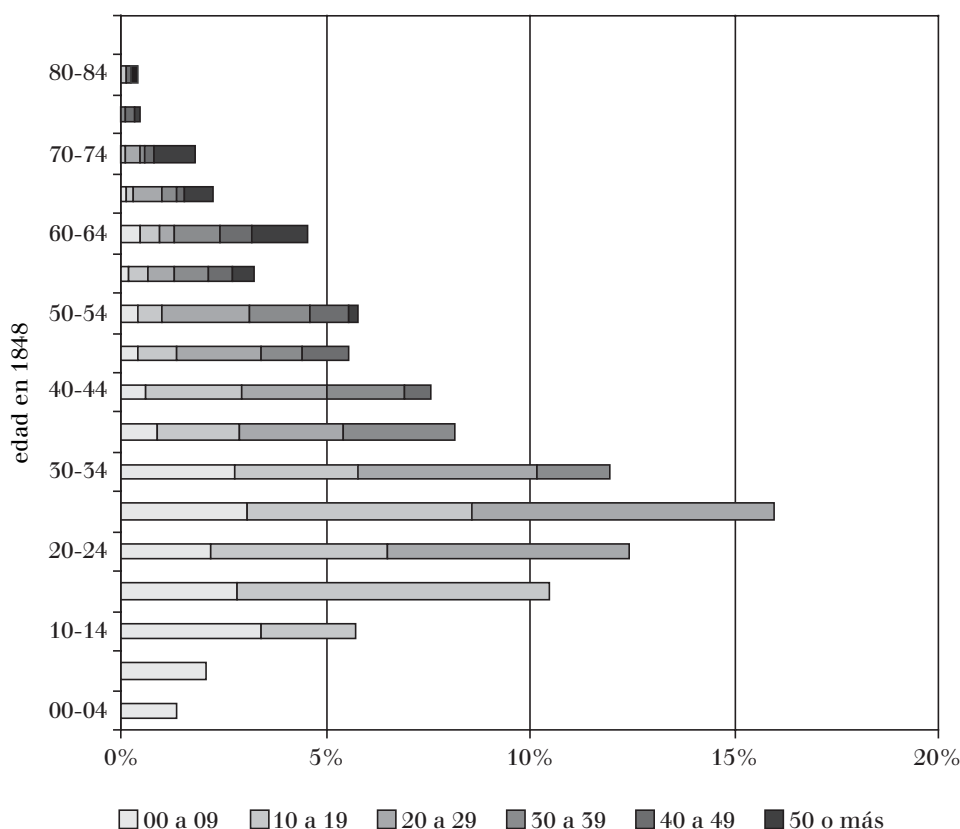
Figura 1. Pirámide de edades de la población residente en Barcelona, barrio 6º, distrito 3º, según naturaleza (1848)



Esta composición de la población guardaba una estrecha relación con el patrón que regía los flujos migratorios. El tiempo de residencia en la ciudad permite calcular la edad de llegada de los inmigrantes a la ciudad (*Figura 2*). Cuando se examinan esos estratos de 15 a 34 años, donde se acumulaba la mitad de todos los inmigrantes, se observa que las altas sumadas sobre la porción de residentes de la misma edad, fueran éstos naturales o inmigrantes, se habían producido escalonadamente. Es más, algunos de estos inmigrantes sólo pueden ser conceptuados como tales por haberse bautizado en la parroquia de origen de la madre y quedar al cuidado de la familia materna los primeros años de vida. Un tercio de los inmigrantes se había empadronado antes de cumplir los 15 años. Los empadronados de 30-34 años eran el 24% de la población, pero sólo el 4% habían llegado a la ciudad cumplidos los 30. Es el mismo modelo migratorio que, con rasgos aún más acentuados, documenta el registro de altas en el padrón municipal de 1863: entonces un 58% de los migrantes varones llegaron a la ciudad entre los 16 y los 35 años, la mitad de ellos antes de los 25; un 62% de las mujeres migrantes lo hicieron entre los 11 y los 30 años, también la mayoría antes de los 25.⁴

4. Los datos de altas y bajas del Padrón de 1863 en Armand SAEZ BUESA, «La población de Barcelona en 1863 y en 1960», *Moneda y Crédito*, Barcelona, 1963.

Figura 2. Edad de llegada a Barcelona según edad en 1848



Ese sistema era el que desde hacía décadas sostenía la tasa de adultos jóvenes solteros y la nupcialidad. La mayor nupcialidad urbana en relación con la regional en los años 1830 a 1860 tuvo como reverso una fecundidad matrimonial considerablemente baja. Aunque había un subregistro de bautismos urbanos, debido al nacimiento de una parte de inmigrantes en las parroquias de origen de las madres residentes en Barcelona, los 3 bautismos por matrimonio de esas décadas se confrontan a los 5 que se contaban en similares condiciones para fines del siglo XVIII. Tal circunstancia no podía menos que contribuir al incremento de la tasa de inmigración.

El carácter substancial de la migración como mecanismo de renovación de la población urbana se aprecia en toda su dimensión cuando se relaciona la edad de los residentes y el año de nacimiento para fijar retrospectivamente la fecha de su asentamiento. La ratio inmigrantes/residentes para los nacidos antes de 1779 o después de 1824 se ve afectada por demasiadas variables. Los supervivientes de las cohortes nacidas entre 1761 y 1778 son muy pocos y además, por la mayor esperanza de vida de las mujeres, forman una población altamente feminizada. Como, por regla general, la población urbana residente presentaba una tasa de

feminidad superior a la de la población inmigrante, esa muestra de población es estadísticamente irrelevante y está sesgada. Entre la población más joven, en las cohortes de 1825-1848, el porcentaje de inmigrantes desciende porque los hijos de inmigrantes se suman a los hijos de los naturales, contados unos y otros como naturales. Entre los nacidos entre 1779 y 1824, esas variables que afectan a los mayores de 65 años y a los menores de 20 no distorsionan gravemente la observación: la proporción de inmigrantes alcanza el 60% o algo más de los colectivos de 1779-1784, 1794-1798 y de los quinquenios entre 1809 y 1824. Más significativo es aún que esa proporción no caiga por debajo del 50% entre los nacidos de los quinquenios restantes, incluso aquellos que fueron de crisis. Cuando el saldo migratorio neto fue negativo y la movilidad ocasión para una renovación más radical de la población, el resultado fue un equilibrio en términos relativamente similares entre población nacida en la ciudad y población foránea.

La clasificación socio-profesional

Las profesiones declaradas por los novios y por los hombres y mujeres empadronados en 1848 permiten una aproximación al espacio socioeconómico compartido por inmigrantes y naturales y un examen del lugar asignado a cada colectivo.

El sector artesanal, manufacturero e industrial acumulaba dos tercios de todas las ocupaciones declaradas, bien por los hombres que contrajeron matrimonio, bien por el colectivo de los de 15 a 64 años registrado en el barrio del Hospital. Dentro de ese sector, ocupaba la primera posición el sector textil, en el que los tejedores de toda clase forman el colectivo más importante desde el punto de vista cuantitativo: casi un 20% de los novios o de los hombres censados en 1848 se identificaron como “tejedores”, “tejedores de velos” o “galoneros”. En una y otra fuente, las industrias del vestido, en parte subsidiarias del textil, seguían en importancia. Del resto de subsectores, los datos del padrón, referidos al barrio donde se enclavaba el mercado de la Boquería, destacan el sector de la alimentación y el pequeño comercio, mientras en las declaraciones de los novios se anteponen a esos sectores los de la construcción, la madera y la metalurgia, también muy directamente relacionados con la expansión urbanística. Estos tres sectores se repartían bastante equitativamente casi una quinta parte de las declaraciones de los novios o de las masculinas del padrón: en ambas fuentes, los “albañiles” y los “carpinteros” reunían algo más del 10% de las declaraciones, aunque los primeros eran más frecuentes en el conjunto de la urbe y los segundos en el barrio. El resto de subsectores no tenían, atendiendo a la cuantía de declaraciones, una relevancia comparable, pero ilustra la extensión del mercado laboral barcelonés a ocupaciones que, en cambio, no se ofrecían en las ciudades menores.

Mención aparte merece la medida del trabajo no cualificado masculino, es decir el de aquellos que sin mayor especificación se llamaban “jornaleros” o “peones”, un 12,5% entre los novios y 4 puntos menos entre la población masculina del padrón. La diferencia obedece en parte a la desviación que introduce el distinto abanico de edades consideradas por ambas fuentes, y también a que el barrio del Hospital alojaba a una porción de criadas superior a la que por población le hubiera correspondido. Las sirvientas, cualificadas o no, superaban en térmi-

nos absolutos a los jornaleros, el grupo masculino más numeroso, con el 45,5% de todas las trabajadoras. Quiere ello decir que en el extremo inferior el mercado de trabajo no cualificado se desplegaba en este barrio ampliando el espacio reservado a la ocupación femenina. El escalafón de ocupaciones femeninas se ordenaba en sentido decreciente distribuyendo la mano de obra entre: el sector del vestido donde las trabajadoras eran más numerosas que los hombres (“coseadoras” y “costureras” sumaban por sí solas casi otro 10% de las declaraciones); el trabajo a jornal de escasa cualificación a domicilio, en talleres y fábricas del sector textil; y la reventa de mercado y pequeño comercio, singularmente en el sector de la alimentación. La segmentación del mercado laboral por sexo y la jerarquía sectorial que resulta del examen de ambas fuentes coincide en esencia con la descripción que hiciera Ildefonso Cerdà, en la «Monografía estadística de la clase obrera barcelonesa en 1856».⁵

Las clases no trabajadoras quedaban definidas en ambas fuentes como una cúspide social ciertamente estrecha. Aun reuniendo indiscriminadamente a quienes se declaraban propietarios, comerciantes propietarios, rentistas, profesionales liberales o funcionarios del Estado, no se llega a sumar más que un 8,6% entre los novios barceloneses, algo más en el barrio, por la existencia de equipamientos como el propio Hospital de la Santa Creu, de un mercado de vivienda dirigido a empleados públicos y a religiosos destinados en la ciudad, y de residencia de familias de alto estatus socioprofesional en la Rambla. Sólo excepcionalmente, las mujeres de estas clases declararon su condición en el padrón, pero con la ayuda de fuentes complementarias puede identificarse la posición social de buena parte de las viudas.⁶ Si sumáramos esas declaraciones a las de las mujeres que sí rellenaron la casilla profesión, la élite de las viudas de propietarios, profesionales, militares y demás contaría entre las mujeres cerca del 12%, pero en cambio las clases medias de artesanos y trabajadores cualificados sólo se incrementarían en un 2%. Las mujeres de familias pertenecientes a los estratos medios eran reacias a identificarse como trabajadoras. La declaración de profesión femenina sólo era relevante en el caso de las mujeres o muy pobres o muy ricas.

Son observaciones que interesa hacer si se trata de examinar el orden que regía el acceso al mercado de trabajo de los y las inmigrantes. A los sesgos de la fuente en cuanto a la declaración de ocupación por género se suman los que introduce la distinta frecuencia de las declaraciones de ocupación según lugar de nacimiento. La alcaldía, en ejercicio de sus funciones policiales, parecía poner más empeño en obtener esa información de los inmigrantes recién instalados en el barrio y despreocuparse relativamente cuando se trataba de un vecino asentado de tiempo, dejando en tal caso a criterio del declarante rellenar la casilla. En

5. Cristina BORDERÍAS y Pilar LÓPEZ GUALLAR, *La teoría del salario obrero y la subestimación del trabajo femenino en Ildefonso Cerdà*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2001 (*Quaderns del Seminari d'Història de Barcelona*, 5).
6. Así, una parte de las mujeres viudas en 1848 que en ese año no declaraban ocupación alguna han podido localizarse en el censo de cabezas de familia contribuyentes por quintas de 1844 adscritas por su ocupación o por la del marido a una de las 12 categorías definidas por nivel de fortuna, o en la libreta de comunión pascual de 1834, donde, para las que aún no eran viudas, figura la ocupación del marido.

suma, entre los hombres de 15 a 64 años, un 87% de los individuos declararon su ocupación y entre ellos había 1,7 inmigrantes por cada barcelonés. Entre las mujeres de 15 a 64 años, sólo una tercera parte declararon estar ocupadas, contándose 2,1 inmigrantes por cada natural. Es así porque, mientras las mujeres de clase media –inmigrantes o barcelonesas– obviaron definirse como activas, las trabajadoras menos cualificadas –la mayoría inmigrantes– sí declararon su ocupación, ya fuera porque vivían en el hogar de los amos, ya fuera por su condición de jefes de familia.

Por regla general, tanto la inmigración masculina como la femenina eran proporcionalmente más intensas en aquellos sectores de ocupación que ya de por sí tenían una presencia destacada en la actividad urbana. Así las canteras de empleo más accesibles a los inmigrantes eran, por este orden, el servicio doméstico femenino, donde por cada barcelonesa había 7 inmigrantes, el trabajo a jornal masculino, contándose 1 barcelonés por cada 5 inmigrantes, las ocupaciones del sector de la alimentación para hombres y mujeres, con ratios migratorias de 1 a 3,5 y a 2 respectivamente, o de la construcción para los hombres, donde a cada barcelonés correspondían 2,5 inmigrantes.

Pero a esa regla común no se ajustaba el sector de las industrias textiles ni el del pequeño comercio, donde la relación entre barceloneses e inmigrantes se daba en términos algo inferiores a la media urbana, como también ocurría en el sector del vestido. En todos estos sectores no llegaban a contarse 2 inmigrantes por cada barcelonés, y la menor accesibilidad a la inmigración masculina tenía una clave explicativa en la reserva de trabajo para las barcelonesas, jefas de familia, esposas, hijas o parientas obligadas a ganar un salario a domicilio o en la fábrica. Tales ocupaciones eran la vía de promoción laboral de las mujeres, si por promoción entendemos la mayor independencia personal y compatibilidad con las ocupaciones domésticas por relación a las condiciones del servicio doméstico. Tal era, en cambio, la ocupación de la amplísima mayoría de mujeres solteras inmigrantes: por cada sirvienta nacida en Barcelona había 7 forasteras; por cada tejedora o por cada costurera barcelonesa había menos de 2 inmigrantes.

Que la inmigración refuerce la mano de obra empleada en los sectores que requieren mano de obra intensiva no significa que no haya una inmigración de cualidad. Entre los comerciantes que se declaraban propietarios, la proporción de inmigrantes superaba sobradamente la media urbana, y aun quedando por debajo de esa media, había más inmigrantes entre los empleados de la administración y profesionales liberales que entre los tejedores. No es de extrañar. Barcelona era un enclave privilegiado tanto para la empresa comercial como para el *curriculum honorum* de los profesionales y empleados del Estado.

Mientras, en los oficios, los aprendices forasteros residentes en la ciudad eran un signo de actividad, los estudiantes, escribientes y practicantes incrementaban el peso de la inmigración entre las clases profesionales o funcionariales.

La movilidad migratoria no era sólo el mecanismo de reposición de la base más amplia formada por los trabajadores poco cualificados sino una vía de reorganización y ajuste permanente del mercado de trabajo en los sectores de las artes, la manufactura y el trabajo industrial y, también, una estrategia para la renovación de las élites económicas y funcionariales.

La geografía de la inmigración

En 1848, tanto las actas de matrimonio como las hojas de empadronamiento hacen constar la población de nacimiento de los individuos.

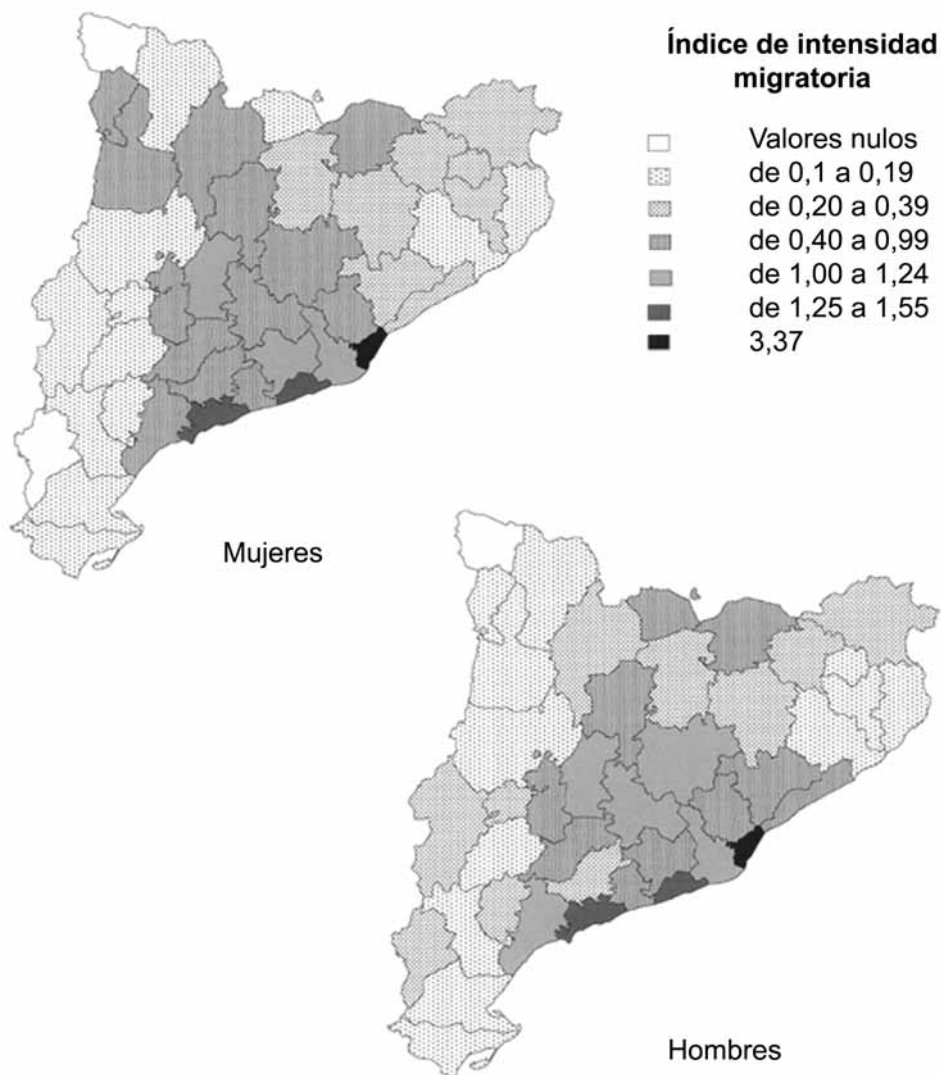
La contribución regional

Refiriendo el lugar de nacimiento al mapa comarcal (*Figura 3*), el Barcelonès, Baix Llobregat, Garraf y el Baix Camp aparecen como los espacios de mayor contribución a las corrientes migratorias que aportaban novios y novias a Barcelona, comarcas a las que se sumaban Anoia y Bages, para las mujeres, y el Alt Penedès, para los hombres. En el padrón, el listado de comarcas es plenamente coincidente. En uno y otro caso quedaban prácticamente excluidas las comarcas del Ebro y de Poniente, desde el Montsià a la Noguera, las del Pirineo leridano, Val d'Aran y Pallars Sobirà, y las de Girona. La escasa atracción que Barcelona ejercía sobre esas últimas comarcas en los confines del Principado no permite presumir cuantiosas migraciones de frontera y confirma así que el crecimiento de la población catalana en el siglo XIX se produjo condicionado casi en exclusividad a sus propios recursos: en 1848 habían nacido en Cataluña el 92% de las novias y el 84% de los novios y el 93% de la población empadronada. Del resto cabía descontar a los extranjeros, de modo que la cuota de la migración peninsular era insignificante desde el punto de vista cuantitativo.

La contribución urbana

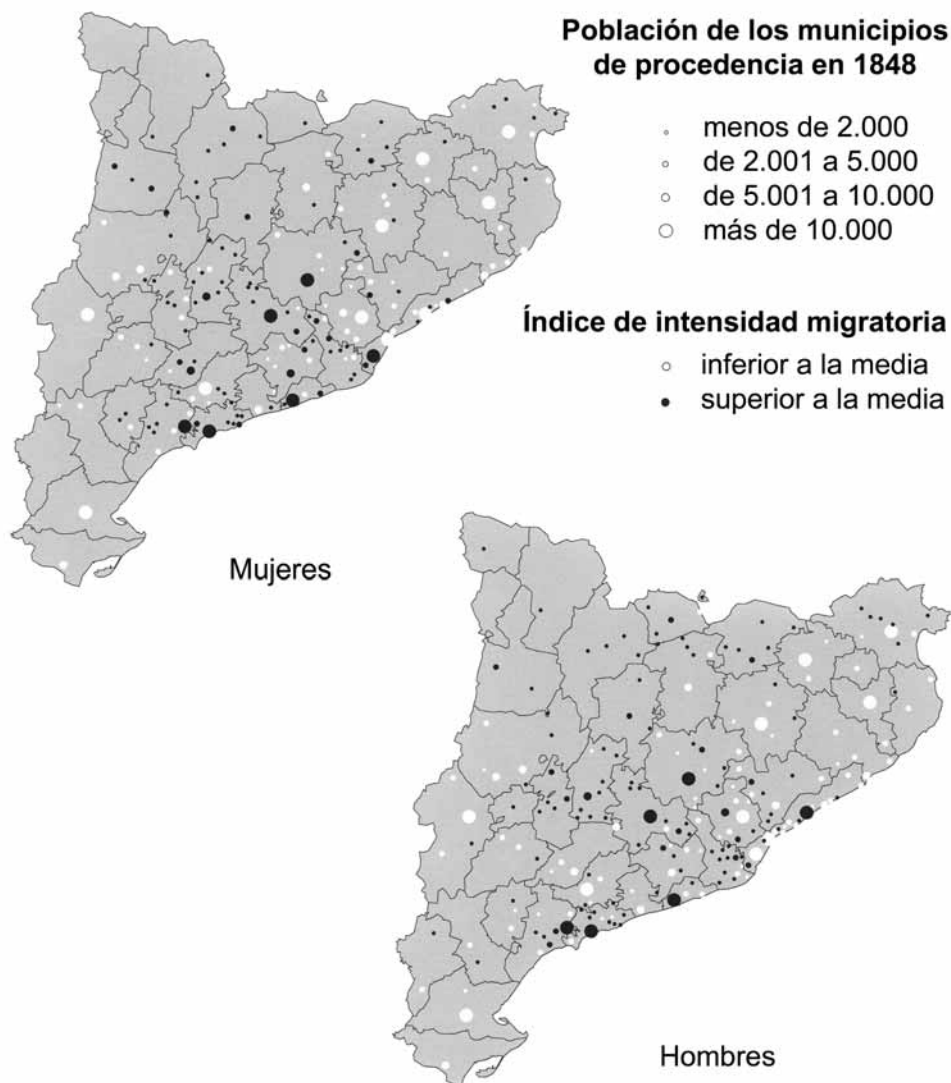
Ambas fuentes documentan la procedencia más o menos urbana de los migrantes. Los municipios que contribuían a los matrimonios barceloneses con novios y novias en una proporción menor de la esperada, dada su población, eran los más pequeños. En el conjunto de los que tenían de menos 5.000 habitantes el índice de intensidad migratoria era menor de 1: sólo 0,33 cuando se considera la contribución de la población residente en los que tenían menos de 2.000 habitantes y 0,66 para la población de los mayores de este grupo. Sólo en el nivel de los municipios de 5.000 o más habitantes la detracción de novios y novias era la esperable o incluso superior a la que cabría esperar en función del volumen de población que tenían. Mientras la mayor contribución en novias venía de las poblaciones de 5.000 a 9.999 habitantes, la de los novios se daba entre las de 10.000 o más (*Figura 4*). Además, los hombres de las poblaciones del Barcelonès tenían un acceso privilegiado a las novias nacidas en la ciudad. Si el matrimonio dependiera sólo de aspectos demográficos, como los dos sexos se equilibraban en el Barcelonès se habría dado en la comarca una situación casi endogámica, pero en la elección de pareja intervenían factores de orden social que ensanchaban la escala territorial del mercado matrimonial.

Figura 3. Mujeres y hombres casados en Barcelona en 1848, según su comarca de nacimiento



Fuente: AMAB, Registro de matrimonios, 1848

Figura 4. Mujeres y hombres casados en Barcelona en 1848, según su población de nacimiento



Fuente: AMAB, Registro de matrimonios, 1848

Si se suman los novios de las poblaciones mayores de 5.000 habitantes a los barceloneses, alcanzan el 71% del total, mientras que entre la población empadronada la cifra equivalente es del 55%, una proporción más baja que se explica fundamentalmente porque el momento de formar un nuevo hogar, que es el que ilustran las actas de matrimonio, era la ocasión frecuentemente elegida, bien fuera para emigrar, bien para convertir en residencia definitiva aquella que hasta entonces era temporal. En una y otra fuente, Manresa e Igualada, Vilanova, Tarragona y Reus, y, en el caso de los hombres, Mataró se identifican como los polos urbanos mayores que ordenaban el grueso de los flujos migratorios hacia Barcelona. En aquellas comarcas donde era menos notoria la atracción barcelonesa, el aporte de novios y novias se concretaba en las poblaciones de mayor entidad como Tortosa y Ulldecona, Lleida y Balaguer, o como Vic, Ripoll, Girona, Figueres, Blanes, y no en los núcleos menores.

La cartografía de los núcleos de población de nacimiento de hombres y mujeres permite identificar los corredores migratorios que articulaba el trazado de la red urbana: las corrientes migratorias más importantes provenían del corredor litoral al sur de la ciudad y eran también especialmente notorias entre Cervera y Barcelona. Por encima de este eje central, hacia el norte, las corrientes migratorias se debilitaban. Se daban algunas diferencias según género.

En el mapa de la inmigración femenina, Montblanc y Cervera, en el recorrido del Francolí, ampliaban el radio de atracción de Barcelona. Esta atracción se extendía además hasta Tremp, Solsona y Seu d'Urgell, los núcleos de población de mayor entidad demográfica en las comarcas poco densas del Pallars Jussà y Alt Urgell.

En el mapa de la inmigración masculina, estos núcleos urbanos del Pallars y Alt Urgell tienen una contribución migratoria inferior a la media. En contrapartida, es superior la densidad de los núcleos de población de entre 2.000 y 5.000 habitantes con un aporte migratorio superior a la media en el territorio delimitado por las poblaciones de Vilanova i la Geltrú, Igualada, Manresa, Terrassa, Granollers y Mataró. También se aprecia una mayor proyección hacia la Cataluña interior del eje transversal que se concentra en torno a Cervera, Tàrrrega y Agramunt. Desde este enclave central, se perfilaba como vía principal de las corrientes migratorias a Barcelona desde el norte, el eje Solsona, Puigcerdà y Ripoll. En síntesis, la movilidad masculina se concentraba en un radio más corto y se producía preferentemente dentro del área que mucho más tarde institucionalizó la corporación metropolitana de Barcelona.

Del conjunto de mujeres y hombres forasteros cabe señalar la procedencia urbana de buena parte de unas y otros. El ranking de poblaciones que documentan las dos fuentes es coincidente: Palma, Eivissa y Maó de las Baleares; València, Alacant, Cartagena y Murcia, Sevilla, Málaga, Córdoba y Cádiz, resiguiendo el litoral; y del interior peninsular, Zaragoza y Madrid. Se advierte asimismo la contribución de algunas ciudades francesas, como Perpinyà, Nîmes, Lyon y Limoges, y de las colonias de ultramar, Santiago de Cuba.

En suma, la nupcialidad en Cataluña estaba decididamente marcada por el crecimiento de la oferta de trabajo que la eclosión industrial creaba en las ciudades y, sobre todo, por el papel que históricamente la capital había desempeñado como centro político y motor de progreso en el comercio y la producción industrial. El rasgo más novedoso por relación a los movimientos migratorios caracte-

rísticos de la segunda mitad del siglo XVIII era la importancia que habían adquirido unas corrientes migratorias que sólo a finales de aquella centuria empezaban a hacerse notar. Eran esos flujos los que conectaban entre sí y con su entorno más inmediato las economías urbanas e industriales de Reus y Barcelona. A finales del siglo XIX, cuando los recursos humanos generados en el ámbito regional se hicieron insuficientes para cubrir la demanda generada por el crecimiento de Barcelona, la Cataluña meridional sería tierra de paso de otros flujos extraregionales: de procedencia aragonesa, valenciana, murciana y andaluza.⁷

Movilidad geográfica y grupos socioprofesionales

Si se examinan conjuntamente el lugar de nacimiento y la ocupación, se hace visible cómo el intercambio de pobladores entre la ciudad y la región dependía menos del excedente relativo de población en el lugar de origen que de la capacidad de absorción del mercado laboral y residencial urbano.

Entre los novios que se casaron en 1848 en Barcelona, sólo el 5% de los nacidos en poblaciones mayores de 5.000 habitantes se identificaron como jornaleros mientras que casi la mitad de los nacidos en esos mismos núcleos engrosaron en Barcelona los sectores menos asequibles al grueso de los inmigrantes: la industria textil y el trabajo cualificado en la construcción. Las poblaciones de entre 5.000 y 10.000 habitantes completaban la aportación de carpinteros, cerrajeros y otros trabajadores cualificados. En contrapartida, entre los novios llegados de municipios menores de 2.000 habitantes los jornaleros contaban hasta un 20% del total y menos de la cuarta parte de esos inmigrantes se sumaban a los trabajadores del textil o de la construcción. Era en esta escala donde se producía el trasvase de ocupaciones agrarias a industriales, y del trabajo en talleres domésticos para el autoconsumo a la reconversión de esa actividad con miras a su comercialización en el mercado más amplio de la capital. Las vías eran el paso de jornaleros del campo a peonaje de la construcción y la emigración de cosedoras, zapateros, alpargateros y similares activos de uno u otro sexo a la ciudad.

El comercio, las industrias de lujo, las profesiones liberales están sobrerrepresentados entre los novios forasteros, pues por la vía de la inmigración foránea Barcelona reforzaba sus relaciones extraregionales. También el otro extremo de la escala social alimenta la inmigración foránea, como resultado sobre todo del

7. Ramón GRAU, Marina LÓPEZ i Pilar LÓPEZ, «Revolució industrial i urbanització: Barcelona en la construcció de la Catalunya moderna (1714-1860)», dins *Barcelona, gènesi i consolidació del fet metropolità*, Barcelona, Corporació Metropolitana de Barcelona i L'Avenç, 1987, pág. 17-36. Enriqueta CAMPS, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995, analiza los movimientos migratorios con destino a cinco ciudades representativas de la trama industrial catalana: Manresa, Igualada, Sabadell, Terrassa y Mataró; incluye también el análisis de las actas de matrimonio de una parte de los hombres que trabajaron en *La España Industrial*, cuyos resultados son plenamente coincidentes –comarcas de procedencia– con los que dan las fuentes examinadas aquí para los hombres. Mercè TATJER, «Evolució demogràfica, 1860-1897», en Jaume SOBREQUÉS (dir.), *Història de Barcelona*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1995, vol. VI, pág. 119-150.

matrimonio mixto entre los inmigrantes de las poblaciones menores de Cataluña y los de las áreas rurales fronterizas. Como ya hemos señalado, la cuantía de esa inmigración es muy insignificante.

Si los datos del registro civil se refieren sobre todo a los inmigrantes en edad de casarse, el padrón explica la mayor extensión de la cuenca migratoria femenina, pues la Cerdanya y el Ripollès eran áreas tradicionales de reclutamiento de criadas que llegaban a Barcelona desde los 12 o los 13 años de edad, mientras que las trabajadoras en edad de matrimonio o ya casadas procedían fundamentalmente del Anoia, entonces en vías de desindustrialización.

Es también el padrón el que documenta las migraciones que involucraban a menores de 15 años, cuantitativamente poco relevantes pues no alcanzaban el 10% del total de los inmigrantes. Estas migraciones respondían en parte muy menor a migraciones en familia. El grueso de las familias que migraban con hijos menores se restringía al territorio más próximo del Barcelonès, y el resto lo formaban familias forasteras situadas en los extremos de la escala social, que procedían, bien de pequeños núcleos rurales, bien de las capitales peninsulares o extranjeras.

Si los movimientos migratorios en el área de las ciudades industriales de segundo rango de Cataluña respondían en el siglo XIX a una movilidad esencialmente vinculada a las presiones para emigrar en el punto de origen y no a las expectativas de una mejora en el lugar de destino, no ocurría lo mismo en Barcelona. Esa caracterización, fundada sobre todo en la observación de las migraciones hacia y desde Sabadell en el último cuarto del siglo XIX, responde al hecho de que ahí las familias nucleares con hijos eran el componente principal de la población móvil, hasta un 75% de los inmigrantes y emigrantes. Es más, dentro de ese colectivo, el grueso de las familias móviles eran las que estaban en el período supuestamente más crítico de su ciclo: matrimonios en los que sólo el padre estaba en condiciones de trabajar, con uno o dos hijos menores de 14 años, que involucraban al 40% de la población, y que se veían forzados a emigrar por la desocupación o los bajos ingresos del cabeza de familia en el lugar de origen, convirtiéndose de facto en una población flotante en los mercados de trabajo industriales. La emigración de los padres arrastraba la de los menores, que llegaban a sumar un 30% de la población móvil.⁸

La movilidad que involucra a Barcelona en el período estudiado dista de este modelo, no sólo porque se genera en un radio más extenso, sino porque en

8. Enriqueta CAMPS, *La formación del mercado...*, ha estudiado con fuentes particularmente ricas las migraciones hacia Sabadell en el último cuarto del siglo XIX. Incluso en esta ciudad los datos permiten una interpretación más matizada. El padrón de Sabadell deja fuera un 25% de los hombres y un 48% de las mujeres que trabajan en las fábricas sin que sea posible conocer sus condiciones familiares. Así la movilidad de individuos –que se estima en un 12%– está subregistrada. El 30% de la población móvil la constituyen menores de 15 años, migrantes en familia. Pero si bien el 58% de los hogares migrantes son familias nucleares simples, el mismo padrón de Sabadell documenta ese tipo de hogar como el más común en la ciudad –un 68%– mientras que los hogares unipersonales –menos del 10% en la ciudad– eran un 34% de los hogares migrantes. También los estudios basados en fuentes de las instituciones asistenciales tienden a sobreestimar el papel de las familias simples en dificultades en los procesos migratorios, pues siendo como es la familia simple el tipo de hogar mayoritario, también es mayoritario el recurso de sus miembros a la caridad pública.

ella juegan fundamentalmente los factores de atracción que el mercado laboral, la expansión urbana y el desarrollo y la diversificación de las actividades ejercen sobre los migrantes potenciales. Y, en consecuencia, también se modifica la capacidad de inserción definitiva de los inmigrantes en los hogares ya residentes en la urbe y las oportunidades de formación de nuevos hogares en Barcelona.

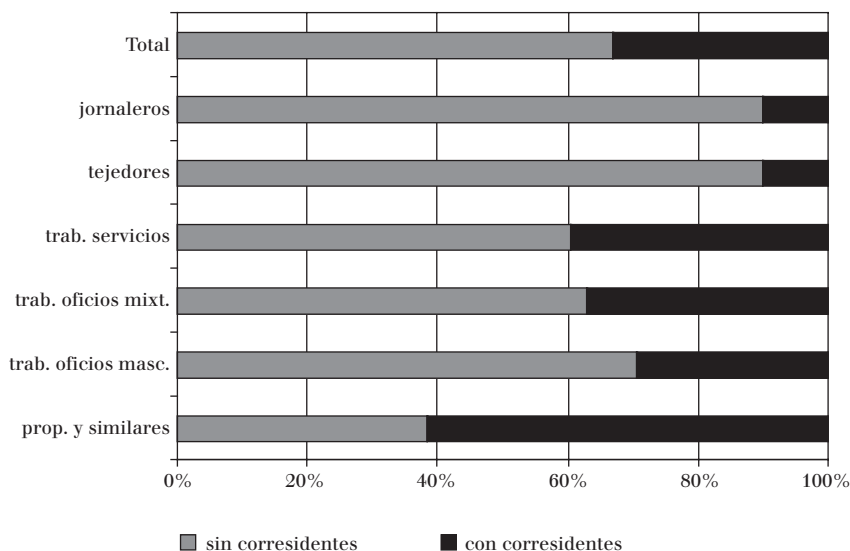
Barceloneses e inmigrantes en la formación de la familia y del hogar

Los hogares barceloneses habían adaptado su configuración a las migraciones. Su examen permite vislumbrar cuáles eran los colectivos migrantes y qué papel jugaba la decisión de casarse y formar familia en la movilidad geográfica.

La proporción de hogares unipersonales y no familiares era relativamente elevada, un 17%, porque no sólo existían en función del ciclo vital de las familias, sino también por su funcionalidad para acoger a una parte de los trabajadores inmigrantes. Algunos de estos hogares eran complementarios de los familiares, alojando a parientes y allegados de los censados en un hogar familiar. Entre los hogares simples, un 56% del total, sólo la mitad estaban formados por matrimonio e hijos, porque, en contrapartida, había una proporción relativamente elevada de hogares monoparentales y de parejas recién formadas. El resto de los hogares, hasta un 27% del total, incluía a los parientes del jefe de familia o de su cónyuge. Mas de la mitad de los parientes inscritos en los hogares eran colaterales. Algunos de los hogares múltiples eran simplemente viviendas hacinadas de los trabajadores más pobres.

Una tercera parte muy amplia de todos los hogares listaba entre sus miembros a corresidentes (*Figura 5*). Así, los hogares barceloneses alojaban a la mayoría de ese importante colectivo migratorio formado por los trabajadores más jóvenes y menos especializados, los empleados de las escalas inferiores, los aprendices, los mozos de tabernas y almacenes, las sirvientas y los jornaleros. Mientras que el 70% de los hogares barceloneses añadían parientes, sirvientes o corresidentes al núcleo familiar, en el Preston de 1851, la localidad inglesa estudiada por Michael Anderson, esa proporción se reducía al 43%. Una diferencia que remite a los distintos mecanismos de formación del mercado de trabajo industrial y urbanización en los centros surgidos de la nada al compás de la revolución industrial inglesa y en ciudades que, como Barcelona, contaban ya con un pasado como núcleos artesanos. Aquí, la inmigración que llegaba a la ciudad en busca de trabajo era absorbida en buena medida por los hogares ya formados en la ciudad. Por ello, la inmigración en solitario, entendiendo por tal la de individuos que llegaban sin familia, sin empleo y sin conocidos, era cuantitativamente poco significativa, aun cuando posiblemente esté subregistrada.

Figura 5. Hogares sin y con corresidentes. Jefes de familia, hombres de 20 a 64 años*



* El grupo 1, empezando por la base de la figura, incluye a los propietarios rentistas, preprofesionales, empleados de la administración, comerciantes. Los grupos 2 y 3 incluyen a los artesanos y trabajadores de los oficios, según sean reservados a los hombres o abiertos también al trabajo femenino. El grupo 4 recoge a los trabajadores del pequeño comercio y los servicios. Los grupos 5 y 6 se refieren a las categorías más directamente relacionadas con el trabajo asalariado.

Los hogares cuya composición se conoce para 1834 y 1848 no sólo permiten analizar el ciclo vital de las familias sino además las variaciones en el número y tipo de parientes y corresidentes y la continuidad en el mismo hogar de los corresidentes: sólo las criadas cualificadas, una minoría, y los aprendices que se acercaban al rango de oficiales permanecían junto a la misma familia en ese intervalo. La población de corresidentes se renovaba periódicamente y se caracterizaba por una elevada movilidad intraurbana, pues los individuos cambiaban de un trabajo y de un hogar a otro, viviendo unas veces en familia y otras en pisos compartidos, fondas o habitaciones asistenciales.

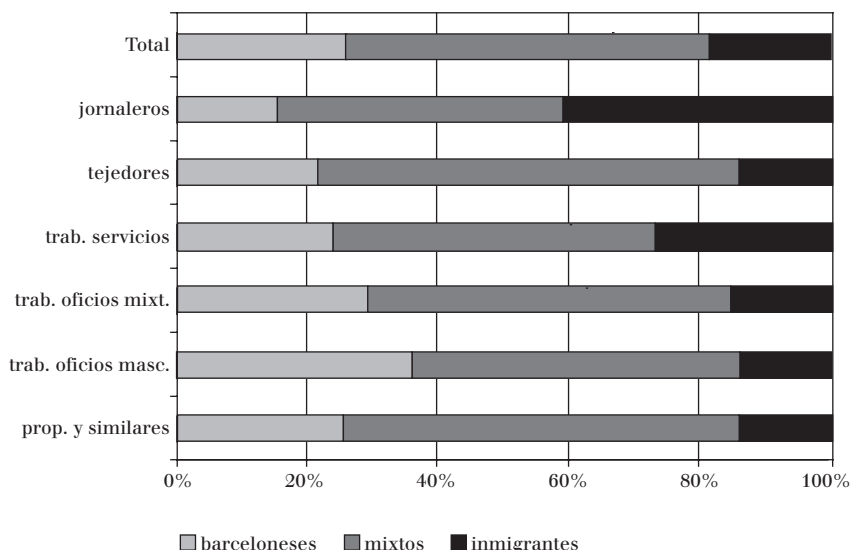
Entre la población inmigrante, los parientes contaban un 11% y los corresidentes un 28%. Pero, mientras que los primeros figuraban entre la población nacida en la ciudad en proporción similar (13%), los corresidentes en hogares familiares o no familiares sólo eran el 6% de los barceloneses de nacimiento. El 61% de la población inmigrante se censaba en el padrón como cabeza de familia o miembro del núcleo familiar, una proporción que quedaba bastante por debajo de la que los familiares tenían entre los nacidos en la ciudad, el 81%. Las relaciones entre migrantes y naturales son más complejas de lo que estas medidas sugieren.

Cuando se examina la composición de los hogares, se hace evidente el proceso que llevaba a la progresiva naturalización de al menos una parte de los inmigrantes y, en contrapartida, determinaba la precariedad residencial y laboral de

otros. El 80% de los hijos eran naturales de Barcelona, una proporción que se equilibraba en el caso de esposas, parientes y cabezas de familia mujeres, se reducía para los jefes de familia hombres al 35%, y se invertía entre los corresponsables, alcanzando el mínimo del 14% entre los hombres.

Tan sólo un 29% de los hogares estaban compuestos integralmente por personas nacidas en Barcelona, y sólo una porción aún menor –el 23%– eran hogares inmigrantes en sentido estricto y opuesto. El resto, una amplia mayoría, eran hogares mixtos entre los que puede distinguirse una gradación de situaciones. Anótese que en cualquiera de los colectivos así diferenciados, el abanico socio-profesional incluye toda la escala: desde los hogares de los propietarios y profesionales mejor situados hasta los presuntamente míseros (*Figura 6*).

Figura 6. Composición del hogar según lugar de nacimiento de sus miembros. Jefes de familia, hombres de 20-64 años



Con criterios menos exigentes, los hogares en los que sólo el jefe de familia o sólo su mujer eran inmigrantes con hijos nacidos en Barcelona, engrosarían en un 26% la proporción de los hogares barceloneses llevando esta categoría hasta un 55% de los hogares. Otro 13% de los hogares censan a un núcleo conyugal inmigrante sin hijos o con hijos barceloneses. Hay una pequeñísima porción de hogares donde se da la situación inversa –un núcleo conyugal barcelonés y parte de los hijos o nietos inmigrantes–, fruto de una trayectoria migratoria en la generación intermedia. El resto, que no alcanza el 10%, eran los hogares en que una parte o todos los hijos habían nacido fuera de Barcelona, siendo al menos uno de los miembros del núcleo parental inmigrante.

Así, el predominio de los hogares mixtos, que incluyen a naturales e inmigrantes, tiene mucho que ver con las ventajas relativas que ofrece el matrimonio

mixto. Era el tipo de enlace que facilitaba la supervivencia y progresiva naturalización de los inmigrantes directos y de sus hijos porque proporcionaba a los cónyuges una parentela en el lugar de destino y propiciaba la llegada e inserción de familiares y allegados. Las actas matrimoniales de 1848 documentan ese intercambio: casi el 40% de las 503 novias barcelonesas se casaron con un marido inmigrante, mientras el 60% de los 378 novios barceloneses eligieron esposa entre las mujeres nacidas en la ciudad. De hecho, menos de un tercio de los matrimonios de 1848 lo fueron entre dos naturales de la ciudad, quedando pues un amplio remanente de novias y de novios que casaban con forasteros o extranjeros. Como ocurre hoy mismo, la migración de un individuo iniciaba una cadena migratoria.

Los nexos entre la inmigración temporal –de criadas, aprendices, estudiantes y trabajadores poco cualificados que reforzaban la mano de obra en los sectores de ocupación más expansivos– y el asentamiento duradero no son fáciles de establecer ni de medir, pues precisamente la reserva de esas ocupaciones a la población más joven la excluye de la población matrimonial, y la temporalidad del empleo y la alta movilidad intraurbana la convierte en una población extremadamente difícil de seguir en los registros nominativos. Es razonable pensar que una parte de esta migración temporal no tuvo nunca ni la intención ni la oportunidad de formar una familia en la ciudad, que una parte regresó a su lugar de origen o emigró a otras poblaciones. Y sin embargo, como ya se ha apuntado, al examinar las edades de llegada y asentamiento de los migrantes, una parte de la inmigración temporal alimentó la definitiva, midiéndose la capacidad de absorción de nuevos pobladores por el equivalente aproximadamente a la porción de la población total que representaban en cada momento los residentes. Son también los datos del padrón sobre tiempo de residencia y fecha de asentamiento de los individuos los que documentan la llegada a la ciudad una decena de años antes del matrimonio de personas que se censan como casados con un cónyuge barcelonés o también inmigrante. Así, si algunos de los matrimonios jóvenes eligen el momento de formar un hogar independiente para instalarse en la ciudad, en otros casos son individuos que habían pasado sus primeros años en Barcelona como parientes o corresidentes los que hacen de ese momento el punto de partida de un asentamiento duradero en el medio urbano.

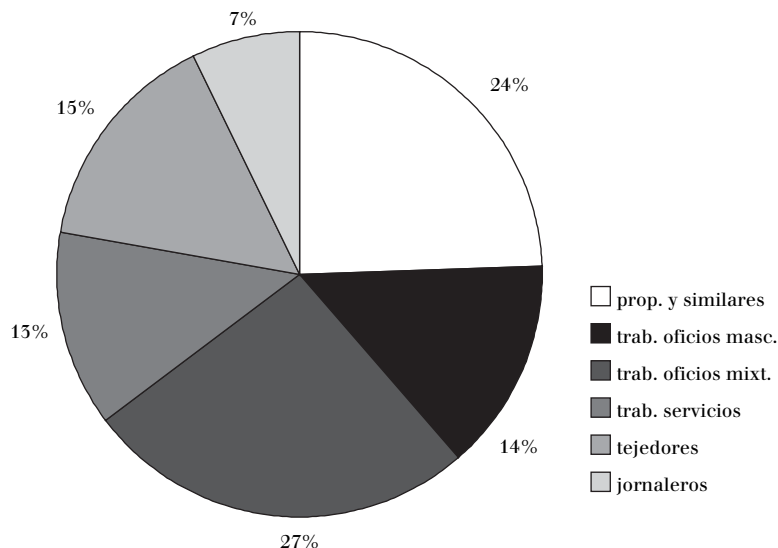
Como es evidente que la oportunidad de formar familia no era general e igual para todos los inmigrantes, hay que considerar el juego entre factores de distinta índole para explicar los mecanismos que permitían a los individuos llegados a la ciudad asentarse en ella de forma permanente. De un lado, estaba la capacidad creciente de la sociedad urbana para ofrecer medios de vida en una etapa de cambios en la actividad urbana, de expansión urbanística y industrial; y de otro lado, la capacidad de los ya residentes, fueran de origen barcelonés o no, para seleccionar de entre los inmigrantes temporales a los miembros de nuevos hogares y para dotar a los descendientes propios, a los parientes y corresidentes de la cualificación oportuna, entendiendo por tal la que les permitía aprovechar los nichos de trabajo y demográficos que se iban abriendo al compás del crecimiento urbano. Hasta aquí se ha considerado la población familiar barcelonesa como un conjunto homogéneo, pero para abordar esas cuestiones tal perspectiva ya no sirve.

La sociedad barcelonesa era el resultado de una articulación entre grupos sociales con recursos desiguales, intereses no siempre coincidentes y con prácticas

y modos de vida también diferenciados. Grupos cuya capacidad de decisión no dependía sólo de su peso demográfico –que no obstante ha de ser tenido en cuenta– y que se presentaban distintamente abiertos a la convivencia con familiares de segundo grado o parientes aún más lejanos, o a enrolar a corresidentes, o a negociar los enlaces de sus descendientes con cónyuges nacidos fuera de la frontera urbana. La muerte relativamente temprana del cabeza de familia –un riesgo que comprometía seriamente el futuro de la familia– hacía emerger con nitidez esas condiciones diversas.

A efectos de observar estas variables, se han analizado algunos grupos de hogares definidos a partir de la ocupación declarada por el jefe de familia.⁹ Como globalmente la movilidad era descendente, el peso de los grupos socioprofesionales, que antes ha sido descrito a partir de la condición de los individuos, se desplaza en sentido opuesto al operar con el subconjunto de los cabezas de familia (Figura 7).

Figura 7. Distribución de la población en los hogares según la profesión declarada por el cabeza de familia



En el análisis que sigue, los ítems considerados son: la porción de cabezas de familia entre los ocupados del mismo sector socioprofesional, que mide apro-

9. La adscripción de las familias a un grupo o clase socioprofesional, a partir de criterios que convienen al cabeza de familia, no deja de ser una simplificación sobre la que abundan las reflexiones teóricas y metodológicas (Véase, por ejemplo, *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1990). En el padrón barcelonés de 1848 no faltan los ejemplos de hogares que fluctúan de un estrato a otro de la escala social según se considere el status socioprofesional del núcleo parental o el de los hijos.

ximadamente la oportunidad relativa de formar familia; la proporción de hogares encabezados por mujeres, que guarda relación con la tasa de mortalidad específica de cada sexo, con la diferente propensión a la cohabitación de una familia monoparental en el hogar paterno o filial del cónyuge viudo, con la distinta aceptación de las segundas nupcias según el estatus social y con las oportunidades de trabajo que el mercado laboral barcelonés reservaba a hombres y mujeres. Para fijar estas cuestiones, se han examinado los hogares encabezados sea por mujeres sea por hombres de entre 20 y 64 años. Como la declaración de ocupación femenina presenta los problemas ya señalados y, en consecuencia, introduce sesgos no controlables, hay que descartar los hogares encabezados por mujeres, para el examen de otros aspectos: la composición migratoria de los hogares según adscripción a grupo socioprofesional y, más particularmente, el grado de endogamia en los hogares en que el núcleo parental se ha formado por matrimonio mixto; la tendencia mayor o menor de los hogares de cada grupo a enrolar entre sus miembros a parientes, a sirvientes y a corresidentes de otro tipo, como aprendices, estudiantes o huéspedes. Finalmente, el número de hijos corresidentes con los padres se ha considerado exclusivamente para los hogares completos y teniendo en cuenta la edad de la madre. Mientras que a través del padrón se capta la diversidad de fórmulas de convivencia dentro de cada grupo social, las actas de matrimonio permiten apreciar las condiciones de edad y estado civil características de la formación de familia en esos mismos grupos. De ese análisis estadístico se retienen aquí sólo los aspectos esenciales.

Los hogares de la élite de profesionales, propietarios, rentistas, empleados de la administración y comerciantes al mayor alojaban al 24% de la población. Dentro del artesanado y el trabajo asalariado de taller, los hogares de los ocupados en sectores prácticamente reservados a los hombres, albañiles, carpinteros, herreros, curtidores y demás, alojaban un 14% de la población; los de los hombres y mujeres que en fábricas y talleres abastecían a la población de alimentos, vestido, jabón, vasijas y otros bienes de consumo inmediato, sumaban casi otro 27% de la población. Sumados unos y otros los hogares encabezados por artesanos y trabajadores de los oficios encuadraban el 40% de la población. Los hogares de los ocupados en el pequeño comercio y servicios –que hoy conceptuaríamos como vinculados al terciario– revendedores, barberos, limpiabotas, lavanderas y similares, reunían otro 15% de los individuos. Los hogares de los tejedores y jornaleros eran ya en 1848 los más directamente vinculados al trabajo asalariado. Los primeros, casi todos encabezados por hombres, enrolaban el 15% de la población; los jornaleros, con una presencia de cabezas de familia mujeres más notoria, otro 7% de la población. Fuera de todos estos grupos quedaba otro 10% de la población que vivía en hogares donde ni un solo individuo declaraba ocupación o medios de vida propios y que estaban encabezados por jubilados, pobres, enfermos, religiosos o por mujeres sin ocupación. No todos estos hogares eran pobres, pero sí es en este grupo donde se hallan algunos de los presumiblemente más pobres.

Un 40% de las mujeres que encabezaban una familia se declaraba trabajadora en las industrias del vestido y el tocado y otro 11% en la reventa y servicios diversos. En los hogares que incluían a viudas de profesionales y funcionarios de los escalones inferiores, de artesanos ocupados en oficios masculinos y de teje-

dores, estas viudas raramente retenían la jefatura del hogar, que ostenta un hijo o pariente varón.¹⁰

Entre los propietarios y asimilados, y entre los artesanos y trabajadores de los oficios de cualquier clase, más del 40% de los jefes de familia había nacido en Barcelona. El porcentaje se situaba en torno al 30% en las familias encabezadas por los ocupados en el comercio al por menor y los servicios personales y en las de los tejedores y caía hasta el 15% en los hogares jornaleros.

Entre los propietarios, el matrimonio era menos endogámico que entre los artesanos y trabajadores de los oficios masculinos. Del análisis de las actas de matrimonio se desprende que esta menor endogamia guardaba relación con la formación de parejas que consolidaban las relaciones de parentesco y/o de negocio y patrimonio que se daban entre élites foráneas –muchas veces con raigambre en las ciudades de fuera de Cataluña– y barcelonesas. Así, los maridos barceloneses de ese escalón social tomaron una esposa forastera, generalmente nacida en una ciudad en una proporción muy superior a la que se apreciaba en cualquier otro grupo social.¹¹ En los hogares del padrón, un 15% de los maridos barceloneses estaba casado con mujeres que formaban parte de las élites sociales catalanas o foráneas. Más del 60% de las familias disponía de servicio doméstico. En gran medida, era la demanda de criadas y de servicios personales que generaban estas familias la que constituía el sustrato de la inmigración femenina en edades tempranas. Dos terceras partes de estos hogares contaban con corresponsables, principalmente criadas. Pero además la cohabitación con parientes o de varios núcleos era, en etapas concretas del ciclo vital, una opción alternativa a la formación de hogares independientes segregados del principal. La posición social acomodada se reflejaba así en las mayores comodidades de que disponían las familias simples y extensas y en fórmulas diferenciadas de coresidencia. Estas respondían a las cambiantes necesidades de la familia en el curso de su ciclo vital y también a las exigencias de movilidad geográfica de los profesionales. Proprietarios y profesionales retardaban el matrimonio hasta una edad cercana a los 28 años, por encima de la edad matrimonial media de los hombres, eligiendo una esposa 4 o 5 años más joven. Las segundas nupcias no eran contempladas más que como una opción excepcional y, por ello, las mujeres viudas, mientras retenían el control de los bienes patrimoniales, podían encabezar hogares extensos, y, cuando lo cedían, formaban hogares no familiares independientes, respaldados a veces por la compañía de parientes forasteros. Estos hogares facilitaban la movilidad interurbana, la renovación de las clases dirigentes y el mantenimiento de los vínculos entre las distintas familias de una misma parentela.

El mundo de los oficios era muy diverso: en los sectores que requerían un largo aprendizaje y cuyo ejercicio estaba prácticamente reservado a los hombres, como era el caso de la metalurgia o carpintería, los hombres se casaban algo

10. Los datos que siguen se refieren exclusivamente a los hogares con cabeza de familia hombre, mientras los anteriores lo eran del conjunto de hogares masculinos y femeninos.

11. Recordemos que en el conjunto de novios casados en Barcelona en 1848, los propietarios y asimilados contaban menos del 10%. Los que habían nacido en Barcelona eligieron esposa entre las mujeres nacidas en las capitales españolas o extranjeras en una proporción próxima al 20%. Los que, siendo forasteros, se casaban y fijaban su residencia en la ciudad, tenían esposa también forastera en una proporción también superior a la esperable.

más pronto que los propietarios y asimilados, pero también a una edad relativamente tardía por relación a la edad media urbana, en torno a los 27 años, acortándose a tres años y medio la diferencia de edad entre cónyuges; las segundas nupcias eran también más raras que en el conjunto de los matrimonios, pero se aproximaban a la media urbana, un 17%.¹² Entre los artesanos y trabajadores de oficios masculinos, sólo un 5% de los jefes de familia barceloneses registrados en el padrón estaba casado con una mujer migrante y la proporción de hogares estrictamente inmigrantes era la más baja de todos los colectivos. Más que en ningún otro grupo, la organización doméstica se atenía a aquellas tipologías que abrían el hogar, sea a parientes, sea a corresidentes. Era una fórmula para ampliar la capacidad productiva, sumar salarios y proteger a los familiares inmediatos del azar demográfico desfavorable, fuese la viudedad o la orfandad temprana. Estas estrategias que formaban parte de la tradición artesana no siempre lograban su objetivo. Era precisamente en este sector de hogares cuyo bienestar dependía enteramente de la ocupación y supervivencia del jefe de familia hombre donde su muerte precoz entrañaba un riesgo mayor de movilidad familiar descendente. La mujer viuda podía verse obligada en ese caso a buscar ocupación entre las opciones de trabajo abiertas a las mujeres: cosedoras, lavanderas, revendedoras, jornaleras, etc.

El pequeño comercio y las industrias del vestido y similares facilitaban la permanencia en la ciudad de hogares encabezados por mujeres viudas con hijos, pero también abrían el mercado laboral urbano a solteras o viudas con cargas familiares que, en solitario o en asociación con hijas y parientas y de manera limitada, conseguían introducirse en estos sectores. Aproximadamente un 4% de los hogares barceloneses respondía a este patrón. Además, estos sectores propiciaban una verdadera importación de esposas. En los hogares encabezados por hombres ocupados en las industrias del vestido y del tocado y de la alimentación, el 12% de los cabezas de familia barceloneses de nacimiento tenía una esposa no barcelonesa. Era una proporción que doblaba sobradamente la medida de la exogamia en los hogares encabezados por artesanos y trabajadores de los oficios masculinos, igualando la que se daba en los de los propietarios y asimilados y también entre los tejedores. Los datos sobre los matrimonios celebrados en Barcelona por hombres ocupados en estos sectores apuntan en la misma dirección. La formación de familias se producía más tempranamente en este grupo que en los ya examinados: entre novios de 26 años que tomaban esposas sólo dos años y medio más jóvenes. Más significativo es aun que los matrimonios en segundas nupcias sumaran hasta el 30% del total, casi el doble de la proporción que tenían entre todos los registrados en 1848.

Los hogares más acomodados de artesanos y trabajadores de los oficios contaban con criadas en menor proporción que los de los propietarios y profesionales, pero, en contrapartida, incluían con mayor frecuencia parientas jóvenes. En los

12 Juanjo ROMERO MARTÍN, «Revolución liberal y formación de élites artesanas. Barcelona, 1814-1855», en Santiago CASTILLO y José María ORTIZ (coord.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social, Universidad del País Vasco, 1998, pág. 65-78, afirma taxativamente cómo en esas fechas «la incertidumbre de un futuro nebuloso condujo al cierre de los grupos artesanos sobre sí mismos» mediante la recomposición de modelos tradicionales de relación social (pág. 70).

hogares relativamente extensos de los artesanos con taller abierto la función principal de criadas y parientas fue probablemente el trabajo doméstico generado por la ampliación a oficiales de taller y aprendices; en los hogares de sastres, revendedores, modistas, guanteros, panaderos, semoleros y similares, las labores de criadas y parientas podían confundirse entre sí y extenderse desde el ámbito propiamente doméstico al de una actividad laboral informal. Dejando de lado esos matices diferenciales, la organización doméstica jugaba en todos estos hogares como una instancia de acogida y de formación y como un filtro selectivo tanto de la mano de obra como del mercado matrimonial. Los que añadían coresidentes a los miembros de la familia eran los hogares con una dimensión media mayor de todos los censados en la ciudad. Además, los núcleos familiares completos de los jefes de familia artesanos eran los que, sea porque retenían en mayor medida a los hijos solteros en el hogar, sea porque mantenían una tasa de fecundidad superior, presentaban una dimensión final mayor. A los 35-39 años de la madre vivían en el hogar familiar 3,6 hijos por madre, frente a los menos de 3 que corresponden a las madres de esas edades en otros grupos sociales.

Los hogares de tejedores y jornaleros se formaban entre novios que no habían cumplido los 26 años y novias que eran también excepcionalmente jóvenes entre los tejedores, pero de edad superior a la media barcelonesa en el caso de los jornaleros. Así, mientras que la diferencia de edad entre cónyuges tejedores se mantenía en torno a los dos años y medio, quedaba ajustada en los matrimonios jornaleros a tan sólo dos años. En ambos colectivos, una vez constituida la familia, e independientemente de la fase del ciclo familiar, el hogar quedaba sustancialmente reducido a la pareja y los hijos, de modo que los hogares simples estaban sobrerrepresentados en el colectivo de los tejedores, mientras entre los jornaleros, por compartirse la vivienda entre dos matrimonios o con otros trabajadores parientes colaterales del núcleo principal, la proporción de los complejos y múltiples reducía la proporción de los simples. Sólo un 10% de los hogares de tejedores o de jornaleros incluían coresidentes mientras esa proporción se triplicaba sobradamente entre los trabajadores de los oficios. Entre tejedores y jornaleros también se daban diferencias sustanciales: el 41% de los hogares jornaleros estaban íntegramente formados por una población inmigrante, y la migración con hijos menores tenía entre este grupo un peso mayor que en cualquier otro conjunto de hogares. En cambio, entre los tejedores el matrimonio mixto jugaba como una garantía de naturalización aplazada a la generación siguiente en un grado y cuantía asimilable a los propios de las escalas inferiores del artesanado. Por ello, entre los tejedores, las familias íntegramente formadas por inmigrantes quedaban reducidas a una porción menor y similar a la que se observaba entre los trabajadores de oficios: 14-15%. Es más, las conexiones territoriales entre los tejedores de Barcelona y los de otros centros manufactureros de Cataluña se sustentaban en el intercambio matrimonial. Así, a pesar de las dificultades para identificar las relaciones de parentesco entre miembros de distintos hogares, es posible descubrir un complejo entramado de relaciones entre familias de origen barcelonés y familias o trabajadores inmigrantes dedicados al tejido. En cambio, el desarraigo de los jornaleros –individuos y familias– apoyaba en el extremo inferior de la escala socioprofesional barcelonesa la apreciación de que sus hogares se formaban en la superficie de los flujos migratorios y no constituían aún en 1848 la corriente protagonista en la movilización de nue-

vos flujos. Y es también ahí, como en el otro extremo opuesto de la escala social, donde la migración de individuos solitarios y la migración de familias con hijos era más notoria, aunque deba insistirse, una vez más, en lo irrelevante de su cuantía.

En la Barcelona de 1848, las familias pobres o, simplemente, en el límite de la subsistencia no eran una rareza. Sin embargo, la pobreza urbana no se identificaba exclusivamente con la inmigración de trabajadores poco cualificados, jornaleros o criadas, pues la mayoría de quienes se definían como tales eran solteros jóvenes. Las familias pobres de la ciudad no eran las familias completas, sino sobre todo las monoparentales y, muy especialmente, las formadas por mujeres con cargas familiares. Estas familias subsistían sumando más de un salario y, por lo general, bajos salarios, y aprovechando –las madres viudas o sus hijos– esas canteras de empleo donde la inmigración se hacía más visible: el servicio doméstico, la costura a domicilio y el trabajo de fábrica. Esta clase de pobreza no era atribuible sino en parte menor a la migración, pues afectaba en mayor medida a las familias ya instaladas en la ciudad que a las inmigrantes. Es sabido que los residentes podían obtener mayor respuesta y ayuda de las instituciones asistenciales que los recién llegados, lo que probablemente jugó a favor de su continuidad en la ciudad.

Si se retoma la visión de conjunto, reteniendo en mente el peso relativamente menor de los hogares pobres, su reparto y distribución similar entre la población ya residente y la de inmigración reciente y la reproducción controlada de la estructura socioprofesional, la Barcelona de 1848 se presenta como un espacio particularmente atractivo para los sectores de población que a escala regional estaban mejor situados para aprovechar una coyuntura de crecimiento e innovación de las actividades productivas. La migración de individuos y de matrimonios recién constituidos dirigía a la ciudad a quienes, en búsqueda de formación o de ingresos, y contando con el apoyo de redes vecinales, de empleo o de parentesco, podían esperar la inserción a medio plazo en una sociedad relativamente más rica en oportunidades que el lugar de origen.